



SUMARIO. La piedra de toque, por «José Fola Iguabide». SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: Los microbios, por «Tomás Museros».—La dicha. (poesía) por «Jacinto Labaila».—Nocturno. A la señorita María Blasco del Cacho, por «Vicente Blasco Ibañez».—¡Tierra! (Soneto) por «Constantino Lombart».—Contentate con tu suerte, por «Prudencio Solís».—Aire. Artículo de verano, por «N. de Leyva y Vizcarro».—Cubiertas y anuncios.

## LA PIEDRA DE TOQUE

PARA probar la legitimidad del oro hay una piedra que se llama de *toque*.... El *double*, de apariencia tan brillante que se le confunde con aquel precioso metal, sometido á esa prueba, deja entender cuán distinta es su naturaleza, promoviendo el desprecio del que, seducido por su falso brillo, le tuvo hasta entonces la estimación que inspiran los objetos de verdadero valor y mérito.

El patriotismo tiene también su *piedra de toque* en las grandes calamidades que afligen á los pueblos... Con sorpresa ven los buenos ciudadanos como se desmorona ante sus ojos el levantado concepto, la honrada opinión que de éste y aquel otro patricio tenían, al llegar los momentos del peligro, en las supremas horas de la angustia y cuando más derecho les cabía de exigirles hasta el sacrificio de la existencia por la salud de la comun madre patria.

También entonces, con el desprecio del

que arroja una moneda que creyó de oro, al advertir que es de cobre, arroja el buen ciudadano de su corazón la falsa imagen del miserable espíritu, que consiguió seducirle con el deleznable brillo de sus pretendidas virtudes cívicas que fueron escabel de su engrandecimiento, y que tuvo la habilidad de desenvolver con éxito en un tiempo y lugar exentos de peligros y de sinsabores, y no solamente siente desprecio, sino amargo pesar, porque solo se desprecian en la vida los viles intereses materiales, pero no la pérdida del noble sentimiento que se tiene hacia lo que creemos grande ó superior y por quien hemos derramado el favor y el prestigio á manos llenas.

Y fuera mayor su pena, si al dirigir los ojos á su alrededor, no viese levantarse, ennoblecidas por el trabajo y el sacrificio, las figuras de seres oscuros, en quienes acaso no pensó en las horas de calma y de bienestar, que acuden solícitos á ocupar los primeros puestos del peligro, que afrontan gustosos todo género de molestias y privaciones, sin otro pensamiento que uno solo, y es

Aquella niña  
Que en la *violeta*  
Veló el poeta  
Entre celajes  
De leve tul;  
Aquel soñado  
Angel querido  
Que desde el cielo  
Ha descendido,  
Niña, eres tú.

Aquellos séres  
Que están soñando  
Vanas quimeras  
Su vuelo alzando  
Por las esferas  
De la ilusion,  
Y en otro mundo  
De otros placeres  
Tienden sus alas,  
Aquellos séres  
Somos los dos.

*Jacinto Labaila.*

## MELODIA

(PARA CANTO Y PIANO)

Pasó el estío.  
Cayó el follaje  
Del bosque umbrío.  
Entre el ramaje  
El viento frío  
Cruzando vá.  
La golondrina  
Huyó ligera,  
Y blanquecina  
La nieve impera  
En la colina  
Desierta ya.

Como en el lecho  
Del surco estrecho  
Murió la flor,  
Así en tu pecho  
Murió el amor.

Pasó el invierno.  
Da el aura leda  
Su arrullo eterno.  
En la arboleda  
Follaje tierno  
Brotando está.  
El ave errante  
Al nido torna,  
Y el sol radiante  
Las cumbres orna

Centelleante  
Con su luz ya.

Calor recibe  
Y brota y vive  
La roja flor....  
¡Todo revive  
Menos tu amor!

*Carlos Llinás.*

## PENSAMIENTO... DE OTRO

### GLOSA

Piensa, con ojos serenos,  
Cómo y cuándo morirás,  
Que siendo el morir lo más,  
El cómo y cuándo es lo ménos.

(CAMPOAMOR.)

Si no son al miedo agenos  
tu espíritu y pensamiento,  
cálmate, y por un momento,  
*piensa con ojos serenos.*

De fijo, no ignorarás  
que una vez has de morir,  
pero no puedes decir  
*cómo y cuándo morirás.*

Y puesto que fin tendrás,  
¿qué te importa sitio y hora?  
Sabe, niña encantadora,  
*que siendo el morir lo más,*

no pueden malos ni buenos  
la ley fatal eludir.  
La cuestion es el morir:  
*el cómo y cuándo es lo ménos.*

*N. de Leyva y Viscarzo.*

## NOTAS É IMPRESIONES

· Todo discurso, por elocuente que sea, no  
convence sino al que está convencido.

\* \* \*

En el amor más puro hay un fondo de  
sensualismo.

\* \* \*

No es la esperiencia la madre de la cien-  
cia, sino la curiosidad.

NOMEN.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE JOSÉ ARMÉNGOT  
Zapateros, 52 y 54



CIENTÍFICO-LITERARIA  
AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL

DIRECTOR,

*D. Eduardo Portalés Segura*

REDACTORES,

D. Enrique Segura.

D. José Fola Iguibide.

D. Cayetano Muguet.

D. Fernando Sasset.

D. Bernardino Montiel.

D. Carlos Llinás.

D. Enrique Berales.

—AÑO V.—

Castellón 9 Agosto de 1885.

—NÚM. 28.—

**SUMARIO.** La piedra de toque, por «José Fola Iguibide». —SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: Los microbios, por «Tomás Museros». —La dicha, (poesía) por «Jacinto Labaila». —Nocturno. A la señorita María Blasco del Cacho, por «Vicente Blasco Ibañez». —Tierra! (Soneto) por «Constantino Lombart». —Conténtate con tu suerte, por «Prudencio Solís». —Aire. Artículo de verano, por «N. de Leyva y Vizcarro». — Cubiertas y anuncios.

## LA PIEDRA DE TOQUE

**P**ARA probar la legitimidad del oro hay una piedra que se llama de *toque*... El *doublé*, de apariencia tan brillante que se le confunde con aquel precioso metal, sometido á esa prueba, deja entender cuán distinta es su naturaleza, promoviendo el desprecio del que, seducido por su falso brillo, le tuvo hasta entonces la estimación que inspiran los objetos de verdadero valor y mérito.

El patriotismo tiene también su *piedra de toque* en las grandes calamidades que affigen á los pueblos... Con sorpresa ven los buenos ciudadanos como se desmorona ante sus ojos el levantado concepto, la honrada opinión que de éste y aquel otro patricio tenían, al llegar los momentos del peligro, en las supremas horas de la angustia y cuando más derecho les cabía de exigirles hasta el sacrificio de la existencia por la salud de la comun madre pátria.

También entonces, con el desprecio del

que arroja una moneda que creyó de oro, al advertir que es de cobre, arroja el buen ciudadano de su corazón la falsa imagen del miserable espíritu, que consiguió seducirle con el deleznable brillo de sus pretendidas virtudes cívicas que fueron escabel de su engrandecimiento, y que tuvo la habilidad de desenvolver con éxito en un tiempo y lugar exentos de peligros y de sinsabores, y no solamente siente desprecio, sino amargo pesar, porque solo se desprecian en la vida los viles intereses materiales, pero no la pérdida del noble sentimiento que se tiene hácia lo que creemos grande ó superior y por quien hemos derramado el favor y el prestigio á manos llenas.

Y fuera mayor su pena, si al dirigir los ojos á su alrededor, no viese levantarse, ennoblecidas por el trabajo y el sacrificio, las figuras de seres oscuros, en quienes acaso no pensó en las horas de calma y de bienestar, que acuden solícitos á ocupar los primeros puestos del peligro, que afrontan gustosos todo género de molestias y privaciones, sin otro pensamiento que uno solo, y es

aquel á quien rinden generoso culto.... La salud de la patria.

¡Cuántos personajes se engrandecen á la sombra de las intrigas políticas, que son señalados por sus coetáneos como modelos de públicas virtudes, sin que les duela ofrecerles sus votos, creyendo imposible fuesen á mejor lugar ni tuviesen mejor destino; personajes que todo lo llenan con su nombre y con sus hechos, que son cual la médula por donde circulan como las sensaciones de los seres vivos, todo negocio, todo interés que puedan afectar á la cosa pública y que sin embargo, no tienen para el pueblo que los realza y engrandece ni un átomo de amor, ni un átomo de piedad; personajes frios, calculadores y egoístas, que al sonar la hora del infortunio, se desvanecen como por arte de magia, dejando á la madre infelice que los cobijó en su fecundo seno en el dolor y la desesperacion, despues de haberse alimentado con la leche más pura y sabrosa de sus amantes pechos!

Castellon pasa por uno de esos angustiosos momentos... Nuestra madre querida (porque yo tambien me considero su hijo) llamó con acento de infinita ternura á sus hijos, al sentir las mortales heridas que aun le está infiriendo el feroz azote, el rayo asolador de la epidemia.... Madre generosa no distingue á los ricos ni á los pobres, y al igualarlos con su amor, exige á unos y otros correspondan á su tiernísimo afecto en la misma forma... y el llamamiento no ha sido vano....

Dentro de Castellon, ni ha habido, ni hay, ni habrá ricos ni pobres.... Cuando éstos carecen del diario pan, no es menester que lo pidan.... La mano solícita que aquí no se llama de la caridad ni de la filantropía, sino del deber; toma de los primeros el sustento necesario, y cual paloma mensajera del bien propicio, lo lleva á las moradas de la pobreza, que al sentirse remediadas, se iluminan con la luz del contento y de la alegría, compañeras eternas de la caridad....

¿Cómo no acudir á su socorro cuando las circunstancias agobian, cuando la muerte cierne allí sus sombrías alas buscando rencoresa sus diarias víctimas?...

¡Castellon! Estos son tus dias de tristeza, pero tambien tus dias de regocijo... Tú no podrás arrancar á la parca inexorable sus víctimas, pero los infelices coléricos tampoco llevarán á la tumba la desesperacion de verse abandonados por sus hermanos..... Junto al lecho del dolor nunca faltan el

amor, la caridad y la ciencia, esos tres ángeles de los pueblos epidemiados: la familia, el prógimo y el médico.

No hay corazon verdaderamente castellanense que no se sienta conmovido por la desgracia de sus hermanos y que no tenga su bolsa abierta para acudir al socorro de sus necesidades; se discute por todas partes con calor por el mejoramiento de nuestras condiciones higiénicas; el Municipio, á la altura de su espinosa mision, es el guardian constante de la salud del pueblo, no hay proyecto salvador cuya ejecucion no se acometa con voluntad y energía; de tal suerte se manifiesta Castellon bajo el aspecto físico y bajo el aspecto moral, que la epidemia, al asaltar sus murallas, vacila y duda, como si temiera hollar con su hábito pestilente, este hermoso jardin donde brotan flores de tan esquisito perfume cual son las flores del bien y de la caridad.

¿Pero han cumplido todos, absolutamente todos con su deber?... No ha habido ningun patriotismo que haya resultado ser de *doublé* al someterse á la gran *piedra de toque*....

¡Dolor causa el decirlo!.. La escepcion es aquí humillante, aunque confirma la regla, de que no hay regla sin escepcion.... Deudores tenia Castellon que no han pagado su deuda.... mas desistimos por hoy de hacer el balance general de cuentas....

Lancemos al enemigo fuera de nuestras murallas.... Sonria de nuevo el cielo de Castellon libre de los tormentosos vapores que empañan y oscurecen su hermosura.... Renazca la tranquilidad en los corazones... Recobren las calles su habitual animacion... Vuelvan á su hogar los esclarecidos varones que lo han abandonado, y entonces haremos una cuenta de cuentas.

José Fola Iguibide.

## Seccion Científico-Literaria

### LOS MICROBIOS

DESDE hace dos años que el Egipto fué invadido por las dos más grandes calamidades que experimentan los pueblos, la guerra y la peste; óyese pronunciar la pala-

bra *Microbio*, sin darse muchos cuenta de su significado, considerándola unos como voz terrorífica y otros como simple expresion de un bicho grotesco con el que andarian á escobazos cual sabandija inmundas si pudieran verlo.

El *microbio* del ilustre micrógrafo monsieur Pasteur, que por medio de un instrumento físico, el microscopio, ha sido elevado á las más altas regiones de la ciencia médica, considerándolo como un terrible sér morboso, y segun el sábio doctor Koch, como causa ocasional de la horripilante y mortífera enfermedad *cólera morbo asiático*, significa tan solo tal palabra *pequeñísimo viviente*.

Pero este sér con vida no se ha caracterizado en absoluto si es un animal ó una planta, no obstante las ilustradas discusiones de los eminentes doctores Olavide y Letamendi. Si le suponemos con movimiento voluntario, es indudable que corresponde á la categoría de ser animal y ha de denominársele *microzoo*, mientras que si carece de dicho movimiento le consideraremos como planta, y le llamaremos *microfito*.

Si por tener ó no movimiento voluntario pudiérase averiguar á qué reino de la naturaleza está afiliado, podriase tambien determinar y conocer su organismo quemándole, observando si desprendia vapores azoados, propios exclusivamente de la animalidad.

Este dato que parece insignificante, es, en mi concepto, de suma trascendencia para formular el tratamiento que debiera emplearse en combatirle donde quiera que se manifieste. Las causas de las epidemias no se combaten siempre con los mismos medios por la diversidad de su naturaleza. El *penicillium* del tifus y las *bacterias* de la viruela, no son iguales orgánicamente considerados al *acarus escabiei* de la sarna, ni al *coniotecium* sifilítico, como éstos tampoco lo son al *mucormucedo* del sarampion y al *oidium albicans*, etc., etc.

Hoy sabemos que el nombre propio del *microbio* del cólera es *bacillus* y el apellido *virgula*, porque su forma es semejante á la coma de la escritura.

Sabemos tambien que este sér microscópico se cultiva ó reproduce artificialmente en los líquidos gelatinosos, segun lo practica sistemáticamente el atrevido Dr. Ferran, aspirante á la representacion de la gran figura salvadora de la humanidad, y de la manera espontánea como se efectua en las aguas del Ganges y en las de nuestro pais

que producen el paludismo tan refinado y mortífero como el de la India.

Sabemos más, en fin, que de esta horrible enfermedad conocian los médicos de otras épocas: sabemos que los *virgulas* se implantan en la mucosa intestinal, y en ella, enseñoreados, dirigen traidora é impunemente su accion morbosa á la sangre enfriándola y al sistema nervioso, descomponiendo su influencia normal que es el gran factor de nuestra vida.

Tambien conocemos cual es el primer elemento de su propagacion y acaso el vehículo que lo trasmite con más eficacia entre los pueblos y sus individuos. Este privilegio no se le puede disputar al agua, máxime cuando ésta contiene principios extraños, cuando carece de la pureza necesaria.

Las aguas del rio Segura que pasan por Archena, en las que se lavaron las ropas de los primeros atacados, militares enfermos procedentes de Valencia, llevaron los *microbios* á Murcia y otros pueblos que de aquellas aguas se sirven para mitigar la sed del estío; y no nos valió que á las aguas *microbíferas* acompañaran las hidro-sulfurosas de aquellos famosos baños capaz de lavar los mayores pecados de nuestra sifilítica sociedad.

Como prueba de que el medio del contagio fué el agua del Segura, cuyo afectuoso rio lo mismo nos ahoga que nos encoleriza, que los pueblos sobre Archena, como Villanueva y Ulea, que distan poco más de media legua de los baños y situados en la margen del expresado rio, no fueron invadidos hasta mucho tiempo despues, cuando el hombre trasportó los *microbios* desde los pueblos infestados.

Esto es decir y nos prueba que los *microbios* caminan por diferentes vías. Yo creo que una de ellas es el aire, por más que sea este medio el ménos apropiado por lo que se extiende ó dilata en el espacio y le disemina, atenuándole en su intensidad y haciendo perder al fermento colerígeno mucha parte de su mortífera accion, impidiendo este medio que los *microbios* se acumulen y formen focos de su especial paludismo.

No hay que dudar que el *microbio* del Ganges, causa del cólera, se encuentra en el aire que respiramos, como en el mismo agente físico se acumula el miasma de nuestras aguas estancadas que nos produce las malignas *intermitentes* y la *malaria* aterradora que sufren los italianos.

En el aire viven los *foraminíferos* en sus

múltiples especies, los *tardigrados* microscópicos, infinidad de *rotíferos* variados y multitud de *esporos* de numerosas especies de plantas criptógamas que no podemos distinguir más que por sus devastadores efectos. Así que, bien podemos decir que la atmósfera más pura es un gran depósito de inmundicias, ó lo que es lo mismo, un *basurero* imperceptible, y que lo mismo engendra la vida el primer soplo de aire que respiramos, que produce la muerte.

Es cierto que tales legiones de seres invisibles al penetrar en nuestras fosas nasales é incrustarse en la *pituitaria* y en la mucosa laríngea, quedan aprisionados é inermes por efecto del *mucus* que segregamos y expelemos por las dos vías naturales; pero lo es también que si ese *mucus* se traga y pasa á la vía intestinal, no obstante la acción de los jugos gástricos, si aquella secreción contiene el *bacillus virgula* de monsieur Pasteur y de Koch, el cólera se desarrolla en el hombre.

Así que, lo mejor es sonarse y escupir durante los días críticos de la epidemia, y para que este efecto sea más activo, nada mejor que fumar los *vegueros* que nos proporciona el gran hacendista y actual ministro señor Cos-Gayon, único estímulo que nos arrancará los pulmones.

¿Y qué diré de las materias que nos sirven de alimento? Mucho, y tanto que más vale callar, porque de decir los *microbios* que ellas pueden contener, seguramente nadie se alimentaría por precaución, concluyendo por morir.

Termino, después de todo lo expuesto, rogando fervorosamente al Todopoderoso vuelva á mi pueblo nunca olvidado la salud que tanto necesita, para que, siguiendo mis paisanos su vida normal, adelante y progrese moral y materialmente como conviene á sus intereses y de la manera que desean los ilustrados escritores Fola, Gasset y Ripollés, y muy de corazón

Tomás Muscos.

La Peraleja. Campo de Murcia 31 Julio 85.

## LA DICHA

A un amigo.

¿Qué es para mí la dicha me preguntas,  
oh cariñoso amigo!  
que de mi inquieta vida eres testigo,

que ves que nunca el afanar constante,  
que se agita de mi alma en lo más hondo,  
amengua un solo instante?...

¿Qué sería la dicha, me preguntas,  
para mí?... y al instante te respondo:

—Sería para mí ligarme en lazos  
del ideal de amor que me fascina,  
y recostarme en los suaves brazos  
de la mujer soñada,  
mujer hermosa y á la par divina;  
pasar la vida en ellos sin desvelo  
sirviéndome de mágica almohada;  
y sin cesar amándola, olvidarme  
de la tierra y del cielo.

Jacinto Sabatá.

## NOCTURNO

A la señorita María Blasco del Cacho

I.

La brisa suspiraba por entre las altas  
ramas de los árboles, y la luna remontábase  
por un cielo diáfano sembrado de centelleantes  
estrellas.

Los torreones del castillo escalaban audaces  
el espacio, y sus colosales moles bañadas  
por la luz del astro de la noche, semejaban  
gigantescos fantasmas surgiendo del seno de  
la tierra al influjo de infernal conjuro.

Ningun ruido humano venía á turbar el  
profundo silencio de la noche, y solo se oía  
el murmullo de los arroyuelos, el canto del  
ruiseñor oculto en la enramada, y el susurro  
de las hojas y las flores al ser balanceadas  
por el viento.

El castillo permanecía oscuro y silencioso,  
tanto, que á no ser por el atalaya que dormitaba  
en el adarve, hubiérase creído que  
estaba deshabitado.

Solo en una de sus ojivales ventanas  
brillaba una luz, que al ser vista de lejos,  
semejaba un ojo de fuego que tenía por cejas  
las barbancas y almenas de los muros.

De pronto y como obedeciendo á mágica  
invocación, surgió frente á aquella una forma  
humana que la luz alumbró con sus rayos.

Era un hombre joven y hermoso; en su  
frente se leía la sublime inspiración hija del  
cielo, y en su mirada la melancolía propia  
del enamorado.

La luna, al alumbrarle, formaba una vaga  
aureola sobre su crespa cabellera que en desorden  
le caía sobre la espalda.

Bajo uno de sus brazos veíase una dorada tiorba, que herida por la luz lanzaba vivos reflejos.

Por algunos instantes permaneció inmóvil contemplando con atención el castillo, pero de pronto se lo impidió una ligera nubecilla que cubrió el resplandeciente disco de la luna, dejando la tierra envuelta en una semi-oscuridad.

Momentos después el silencio de la noche se interrumpió con la agradable armonía de algunas notas que vaporosas, indefinibles y melancólicas como ensueños de verano comenzaron á sonar en el espacio.

Poco á poco aquellas armonías fueron entrelazándose como los hilos de oro de una tela divina, y de la misma manera como crecen los círculos que la piedra forma al caer sobre la tierra superficie del lago, fueron aumentando hasta formar un conjunto de melancólicos sonidos que acompañaron á una voz sonora y varonil, cuyas notas comenzaron á extenderse por el espacio en alas de la brisa.

Lo que aquella voz cantaba era indescriptible é incopiable.

Figuraos lo que Petrarca diría á Laura en sus delirios amorosos, lo que Abelardo y Eloisa murmurarian al contemplarse, y comprendereis las palabras que en aquellos instantes resonaban en el silencio de la noche.

Juramentos de eterno amor, frases apasionadas, pensamientos audaces, todo salía de aquella boca envuelto en fogosos versos; y al mismo tiempo las doradas cuerdas de la tiorba gemían á impulsos de los dedos del cantor, y del interior de ella parecían brotar chispas de fuego y alados espíritus que sonando como notas surcaban el ambiente para ir á estrellarse contra los muros del castillo, ó á perderse allá á lo lejos.

Por algun tiempo la brisa se conmovió con aquellas dulces armonías, pero de repente el canto tocó á su fin, y el imponente silencio de la noche volvió á reinar.

Pasaron algunos instantes sin que nada viniera á turbarle, escepcion hecha de un ruido metálico que sonó, al mismo tiempo que la luna tornaba á aparecer tras la parda nubecilla que la habia cubierto.

Entonces pudo verse una escala de cuerda pendiente de la iluminada ojiva, y trepando por ella al nocturno cantor con su dorado instrumento á la espalda.

## II.

No empleó mucho tiempo en ascender.

Pasado un corto momento, el trovador apoyó sus manos sobre el alfeizar de la ventana, y sus ojos pudieron contemplar á través de las góticas vidrieras el aspecto interior de la estancia.

Este le arrancó un grito de esos que son fiel retrato de la desesperación.

Tendida sobre blanco ataúd y rodeada de blandones cuyas llamas formaban un continuo chisporroteo, veíase una joven hermosa á pesar de las sombras de la muerte que extendían sobre su rostro.

Aquella mujer era la amada del cantor, la hija del señor del castillo, la inspiradora de aquella melancólica serenata.

Suponeos la felicidad al alcance de vuestras manos trocándose de pronto en el repugnante aspecto de la muerte; el cielo cayendo sobre vosotros, y el viento convertido en atmósfera de fuego.

Todo esto fué lo que sintió el infeliz trovador al contemplar muerta á la mujer de sus ensueños.

Fué á gritar y su voz se desvaneció en la garganta; fué á llorar y sus ojos se cerraron al llanto, y cayó más bien que bajo á lo largo de la escalera, desapareciendo á los pocos instantes en la frondosidad de la vecina arboleda.

.....

Desde entonces que los habitantes de la comarca comenzaron á ver un pobre loco cuya vida era bastante singular.

De día se ocultaba en las quebraduras de los montes, y por la noche, situándose frente á la ojival ventana del castillo, cantaba acompañándose por una destrozada tiorba hasta que la blanca aurora anunciaba el día.

Lo que cantaba ya lo conoce el lector.

## III.

Al llegar á este punto de mi narración, la hermosa señorita cuyo nombre encabeza estas líneas, cesó de tocar en su piano una melodía triste y melancólica que yo escuchaba por primera vez.

Era el *Canto de Amor*, del maestro Almagro, composición que responde de tal modo á su título, que mientras la oía sus notas filtrándose en mi imaginación, habian creado esta sencilla historia que acabo de relatar.

En aquellos instantes el día espiraba, y escudado con las sombras que comenzaban á invadir la estancia, vertí una lágrima por

mi héroe ficticio, del cual también hay algún ejemplar en el mundo real.

El poder de la música sobre el hombre es indudable.

Vicente Blasco Ibañez.

Valencia 29 Julio.

## ¡TIERRA!

### SONETO

Mendigo vá como el divino Homero,  
Demente dicen que es... no lo parece;  
Tal es su condicion, que á España ofrece  
Por una carabela un mundo entero.

Parte el audaz marino aventurero,  
Brama la tempestad, casi perece  
Entre olas de dos mares, su fé crece,  
Y ¡tierra! en descubrir es el primero.

Júbilo inmenso entonces se apodera  
De cuantos ven, del sol á la luz clara,  
Redondearse la azulada esfera;

¡Gloria á Colon! Si el mundo que él soñara,  
Allende el mar de Atlante no existiera,  
Para premiar su fé, Dios lo creára.

Constantino Lombart.

### CONTÉNTATE CON TU SUERTE

La felicidad absoluta encierra un concepto puramente ideal, que supone la posesion de todos los bienes con exclusion de todos los males.

Si esa felicidad existe, no la esperemos en la tierra, porque solamente en el cielo podrán alcanzarla los buenos.

Falta saber si humanamente podemos ser aquí felices.

Es evidente que por lo ménos todos aspiramos á serlo; si bien no todos seguimos para ello el mismo camino, ni todos entendemos de igual modo la felicidad.

Creen unos que serán felices cuando hayan acumulado grandes riquezas; otros, cuando se vean colmados de honores; otros, cuando puedan gozar de continuos placeres y satisfacer todos sus caprichos.

Creso cifraba la dicha en los tesoros; Alejandro, en las conquistas; Pirro, en los deleites.

Sin embargo, el hombre suele hallarse más léjos de ser feliz cuando más cerca de sí tiene la felicidad.

Frecuentemente auguramos un brillante porvenir á los que tienen en perspectiva una pingüe herencia ó una elevada posicion social.

¡El porvenir! La dificultad está en saber donde ha de darse por terminado ese porvenir, cuyo horizonte se ensancha más y más en alas de nuestra ambicion y de nuestra fantasia á medida que logramos lo que perseguimos.

Y ese porvenir se asemeja siempre á las mentidas aguas que el espejismo pinta en el rico desierto á los ojos del viajero sediento.

¡El porvenir! Siempre un porvenir, siempre un más allá que nunca se acaba y que hace imposible toda felicidad.

No basta el bien presente por grato que sea; se necesita entrever á lo léjos algo más léjos aun donde vayamos á perdernos, como la imaginacion se pierde cuando busca los inconcebibles límites del tiempo y del espacio.

Felicidad y porvenir vienen á ser dos términos antitéticos en el corazon de los que no aciertan el secreto para ser verdaderamente felices.

Nada más natural y necesario que la aspiracion del hombre á mejorar las condiciones de su existencia; pero nada más difícil que conocer cuándo debemos detenernos en esa rápida é interminable pendiente por donde nos arrastran nuestros insaciables apetitos y deseos.

Así en el órden intelectual como en el órden moral, no puede perderse nunca de vista la ley de relatividad, la ley de contraste, en cuya virtud á toda idea del entendimiento corresponde siempre otra contraria. La luz, por ejemplo, supone la oscuridad. Lo propio sucede con las afecciones del corazon. De esta oposicion de nociones y de sentimientos debe resultar la armonía de la vida. Si no se olvidara esto, muchos serian ménos desgraciados ó más felices de lo que creen ser.

Nada puede darse más consolador para el que sufre, que el bellissimo contraste expuesto tan admirablemente en los siguientes versos por el eminente poeta Calderon:

Cuentan de un sábio que un dia  
Tan pobre y mísero estaba,  
Que solo se sustentaba  
De unas yerbas que cojia.  
¿Habrà otro (entre sí decia)  
Más pobre y triste que yo?  
Y cuando el rostro volvió,  
Halló la respuesta viendo

Que iba otro sábio cojiendo  
Las yerbas que él arrojó.

Por amargas que parezcan las vicisitudes de la vida, está fuera de duda que en vez de ver solamente lo negro, vale más verlo todo de color de rosa, si queremos ser felices.

Donald dice, con razon, que la tristeza es la peor de todas las disposiciones del alma, y que la virtud y la felicidad nacen de la alegría.

Se cuenta que Hume estaba siempre dispuesto á ver el lado más favorable de las cosas, y esta dote del espíritu, con la cual tenia en sí mismo lo necesario para ser feliz, vale por sí sola, en concepto de Bain, más que una renta de doscientas mil libras esterlinas.

Este poderoso resorte de la felicidad no se adaptará quizá á la naturaleza primitiva de todos los temperamentos; pero es innegable que en la voluntad del hombre, más que en los bienes materiales, se halla la principal fuente de nuestra felicidad, porque en medio de todo, como dice sábiamente un adagio tan antiguo como vulgar, *nadie es más dichoso que el que se contenta con su suerte.*

*Seudencio Solis.*



## AIRE

### ARTÍCULO DE VERANO

Aire..... Se usa algunas veces como sinón. de «viento»—met.: corte y configuración del rostro.—Garbo, brio, gallardía, gentileza en las personas y acciones, como en el andar, danzar y otros ejercicios.

DICC. ENC. DE LA LENG. ESP.

Queridísima lectora: no sé si serás bonita, fea, esbelta, desgarbada, graciosa ó *pava*; ignoro si tendrás el corazón sensible, acorazado, frío, seco, de manteca ó de mármol de Carrara; no puedo decir una palabra sobre tu carácter; pero casi puedo asegurar, y apostaría lo que no tengo, á que acierto, que no dejarás de tener calor en la estación presente, pudiendo aventurarme á deducir como corolario á esta afirmación, que poseerás ese mueble de indiscutible utilidad llamado abanico.

Ahuyentar el calor: hé aquí el problema.

No sé, estimada lectora, si tienes ó no la costumbre de dormir la siesta; en el primer caso, te alabo el gusto—aunque yo no la

duermo;—en el segundo, ¿quién te ayudará á soportar las eternas horas de la digestión—más ó menos laboriosa—si reclinada en una *mecedora* no pides auxilio al abanico?

Procurarse *aire*: hé aquí la cuestión.

Ignoro también, calorosísima lectora, si eres rica ó pobre; si tienes un marido complaciente, un padre económico ó un tutor gruñon; desconozco por completo tu posición social y por ende no sé si habitarás un magnífico palacio, una modesta casa ó un estrecho cutrichil; de todos modos tendrás abanico, bien sea de finas plumas y nacarado pié, bien de bordada seda y labrado varillaje, bien de pintarrajeado papel y basto armazon. Sea de ello lo que quiera, acuérdate de que *no siempre es más útil lo más caro.*

Pues bien:—y vamos al caso—en tu estrecho cuarto, tu mediana habitación ó tu elegante y perfumado *boudoir*, necesitas procurarte ese *aire*, ó hablando con más propiedad, ese *vientecillo* de que carece la sofocante atmósfera, y que tú fabricas con el solo trabajo de agitar ese adminículo de seda, encaje, papel, plumas, raso ó tela. Verdad es que lo moveis con menos suavidad que cuando no estais solas, pero también es cierto que entonces correrian peligro los rizos de pelo que con tanto arte caen sobre vuestra frente, y los polvos que embadurnan vuestro rostro, algunas veces lo bastante para causar envidia á las más robustas molineras de Aragon y á los *clowns* más populares que recorren nuestros circos á compás de unas *volteretas* tan incomprensibles como las que suelen dar nuestros corazones en el trapezio del amor.

De todos los objetos que prestan carácter á la coquetería y volubilidad de la mujer,—hay excepciones en los adjetivos—ninguno está tan en su centro como el abanico. El recoje el tranquilo *aire* de la atmósfera y lo lleva, sacándolo de sus casillas, á besar vuestro rostro, por el que se esparce como el chorro de agua al caer sobre una tersa superficie de mármol. Si yo quisiera poetizar, diría que los países y figuras que el abanico ostenta en sus telas parecen, cuando en continuo vaiven y á merced de vuestras manos, se alejan y tornan como las *golondrinas* del poeta, esperanzas que el hombre cree alcanzar y que huyen cuando casi las toca para volver otra vez á halagarle con sus codiciosos encantos que nunca ha de conseguir. Diría además... otras muchas cosas de las que os hago gracia.

Y ahora, volviendo al terreno de la prosa

y sin perjuicio de elevarme alguna que otra vez si en el trascurso de este artículo me viniesen de ello ganas, me entretendré en señalaros algunas de las cosas principales—aunque parezcan accesorias—de que os sirve el abanico, pues no es fabricado este mueble solamente como máquina de producir *aire* material, si que también para una multitud de cosas, como ya he dicho anteriormente.

El abanico dá á conocer el *aire magestuoso*, el *aire distinguido*, el *poco aire*, el *aire gracioso*, etc. de la persona que lo usa. Debía llamársele en este sentido el *termómetro de los aires*.

El varillaje del abanico os sirve de celosía cuando queréis mirar sin ser vistas.

La tela... ¡oh! la tela, sirve para muchas cosas.

Que desliza un pollo, gallo ó cualquiera otra ave por el estilo una palabra atrevida en vuestros oídos; ahí está el abanico para cubrir vuestro natural rubor.

Que no teneis ya motivos para que se coloren vuestras facciones por estar demasiado acostumbradas, etc. Os poneis la *pan-talla* ante vuestro blanco rostro, y cualquiera creará que en aquel instante puede competir en color á las más sazonadas cerezas.

Que teneis ganas de bostezar y os faltan algunos dientes; besais al chino, pájaro, ú otro objeto que haya en el abanico, y nadie se entera del desperfecto de vuestras mandíbulas.

Que teneis comenon de reir á carcajadas y vuestra dentadura está podrida ó careada; ahí está la panacea de todos vuestros apuros que os guardará el secreto.

El abanico sirve, como el pañuelo, para que se hagan señas los amantes; pero en esta cualidad no tiene la ventaja el objeto que nos ocupa, pues el novio, si usa abanico, es por lo regular de distinta clase, *abanico macho* podemos llamarle, que consiste en un pié de madera figurando una botella, una guitarra, un puro, una pistola, una cebolla, etc., de donde mediante un estironcito surge, como el sol por detrás de las montañas, un disco de tela engomada á pliegues con dos ramitos de flores ú otra cosa por el estilo. Ya comprenderás, lectora, que estribando las señas del abanico, en tener abierto una parte de él, en contar las varillas, etc., el *abanico macho* no sirve de telégrafo.

Cuando queréis divertirlos á costa de un

pollo que os acompaña, cuando queréis poner á prueba la galantería de otro y cuando queréis hallaros de frente y cerca—*en corto y ceñido*, como diría *Sentimientos*—con el galan que os sigue amartelado, soltais el abanico y pronto, tras una personalidad que queda un momento á *cuatro piés*, teneis ocasion de ver satisfecho un capricho de dar unas gracias, ó de conceder una entrevista.

Yo que conozco cuando cae el abanico casualmente y cuando con intencion preconcebida—las mujeres caen lo mismo y no se necesita mucha perspicacia para distinguir ambas caídas—yo no recojo nunca el abanico que se deja caer, aunque sea en el barro y tenga que mancharse el fino guante ó la blanca mano de la caprichosa dueña.

Réstame solo hablar de los poetas veraniegos que vienen regularmente todos los años con el abanico, como las golondrinas con la primavera.

Yo he tenido mis extravíos románticos en poesía, he compuesto *versitos cursis* con el título de *En un álbum*, pero me he librado de esa hidrofobia tan comun de estampar en un abanico los disparos poéticos, por lo que doy infinitas gracias á mi estrella.

Lectora: ¿no has tenido nunca un amigo con ese feo vicio, ni un abanico donde con letra clara y bonita hubiesen escritas dos seguidillas ó cuatro quintillas, cuyo título fuese: *En el abanico de Z.... A X.... en su japonés, etc.*? ¿No? Pues no sabes lo que es bueno.

Esos *vates abaniqueros* que traen siempre el *donaire* y el *me esplico y no me esplico*, de viva fuerza y por los cabellos para consonarlos con *abanico* y *aire*, son muy distintos y no se crea que los confundo con otros respetabilísimos poetas, que aunque usen alguna vez las mismas palabras y con idéntico objeto, es porque las encuentran á mano y las llevan engañadas y sin forzarlas, á su servicio. Conste, pues, que me gustan aquellos versos, cuyo autor siento no recordar, que principian así:

El aire de una mujer  
y de un abanico el aire;  
son dos aires á mi ver  
que gozan de igual donaire  
pues parten de un mismo sér.

¡Ah! Conste además que estoy conforme con el pensamiento de la quintilla.

*U. de Leyva y Discarzo.*